

Junichirō Tanizaki

# El elogio de la sombra

Prólogo de  
Francisco Calvo Serraller

Traducción del francés de  
Julia Escobar

 Siruela

Biblioteca de Ensayo (serie menor)

Un amante de la arquitectura que quiera construirse en la actualidad una casa en el más puro estilo japonés tendrá que prepararse a sufrir numerosos sinsabores con la instalación de la electricidad, el gas y el agua, y, aunque no haya pasado personalmente por la experiencia de construir, bastará con que entre en la sala de una casa de citas, de un restaurante o de un albergue para apreciar el esfuerzo empleado en integrar armoniosamente tales dispositivos en una estancia de estilo japonés. A menos que se sea uno de esos aficionados al té que tratan con presuntuoso desdén los adelantos de la civilización científica y que establecen su «choza» en lo más profundo de cualquier apartado rincón campestre, si se está al frente de una familia de cierta importancia y se vive en la ciudad, no veo por qué volver la espalda, só pretexto de que se quiere

una casa lo más japonesa posible, a los calefactores, luces, instalaciones sanitarias, elementos todos ellos inseparables de la vida moderna. Por supuesto, un hombre medianamente meticulouso se devanará los sesos por la menor cosa, el teléfono por ejemplo, al que relegará bajo la escalera o en un rincón del pasillo, donde llame menos la atención. Enterrará los cables eléctricos en el jardín, camuflará los interruptores en los armarios, bajo los anaqueles, extenderá las líneas interiores al amparo de los biombos, de tal manera que a veces, al cabo de tanta inventiva, sientes cierta irritación ante ese derroche de artificio. Una lámpara eléctrica es ya algo familiar a nuestros ojos, entonces ¿para qué esas medias tintas, en lugar de dejar la bombilla al aire con una sencilla pantalla de cristal delgado y blanquecino que dé una impresión de naturalidad y simplicidad? A veces por la noche, al contemplar el campo desde la ventanilla de un tren, he podido percibir, a la sombra de los *shōji*<sup>1</sup> de una granja, una bombilla que brillaba, so-

<sup>1</sup> Tabique móvil formado por una armadura de listones de cuadrículas apretadas, sobre la que se pega un papel blanco grueso que deja pasar la luz, pero no la vista. Los *shōji* eran hasta hace poco el único cerramiento de la casa japonesa. Por la

litaria, bajo una de esas delgadas pantallas pasadas de moda y lo he encontrado de un gusto exquisito.

Sin embargo, el ventilador es otra cosa, porque ni su ruido ni su forma se adaptan fácilmente al estilo de una vivienda japonesa. Si no te gusta, en una casa corriente puedes prescindir de él, pero en un establecimiento que tiene que recibir clientes en verano no pueden prevalecer en exclusiva los gustos del propietario. A mi amigo, el dueño del Kairakuen, que sabe mucho de arquitectura, le horrorizaban los ventiladores y durante mucho tiempo se negó a instalarlos en las habitaciones; sin embargo todos los años, cuando llegaba el verano, tenía que soportar las quejas de los clientes y terminó cediendo.

Yo, que personalmente derroché el año pasado una fortuna muy poco compatible con mi situación en la construcción de una casa, he tenido una experiencia similar; como me empeñé en ocuparme de todos los detalles, desde los tabiques móviles hasta el más mínimo accesorio, tropecé con muchas dificultades. Los *shōji*, por ejemplo: apelando al buen

noche, les añaden otros tabiques (*amado*), también corredizos. Hoy en día, los *shōji* suelen estar precedidos, o incluso sustituidos, por puertas acristaladas.

gusto, no quise ponerles cristales y decidí utilizar solo papel; pero entonces tuve problemas con la iluminación y además cerraban mal. Desesperado, se me ocurrió ponerles por dentro papel y por fuera cristal. Para ello tuve que poner marcos dobles a ambos lados y el gasto aumentó proporcionalmente; cuando por fin estuvieron colocados descubrí que, vistos desde fuera, no eran más que vulgares puertas de cristal y que vistos desde dentro, por culpa del cristal que había tras el papel, ya no tenían el ahuecado y la suavidad de los auténticos *shōji*; en una palabra, el efecto era bastante desagradable. Te dices entonces que hubiera sido mejor haber puesto unas sencillas puertas de cristal y acabas mordiendo los puños; de otro nos reiríamos pero tratándose de uno mismo no es fácil admitir el propio error hasta que no se ha intentado todo.

En las tiendas, últimamente, se encuentran lámparas eléctricas con forma de linternas portátiles, colgantes, cilíndricas, o incluso con forma de candelabros, más en consonancia con una vivienda japonesa; sin embargo a mí no me gustan nada y, por mi parte, busqué en los anticuarios lámparas de petróleo, lamparillas de noche y linternas de otras épocas y les puse bombillas eléctricas.

Pero los que me han dado más quebraderos de cabeza han sido los aparatos de calefacción. De todos los que se designan bajo el término genérico de «estufas» no hay uno solo cuya forma pueda encajar en una vivienda japonesa. La estufa de gas emite además un continuo zumbido y, a menos que se haya previsto algún sistema de ventilación, produce inmediatamente dolor de cabeza; la estufa eléctrica sería ideal en este sentido si las formas no estuvieran tan desprovistas de gracia. Es cierto que bajo los estantes se podrían colocar radiadores parecidos a los que se utilizan en los tranvías, pero al no verse el resplandor enrojecido del fuego, todo el encanto del invierno quedaría anulado e iría en detrimento de la intimidad familiar. Después de múltiples reflexiones mandé construir un gran hogar central, como los que hay en las casas de los campesinos, y ahí coloqué una estufa eléctrica; este dispositivo me permite a un tiempo mantener caliente el agua para el té y la habitación y, dejando de lado el elevado costo de la operación, desde un punto de vista estético es más bien un éxito.

Así pues había resuelto el problema de la calefacción de forma satisfactoria, pero el cuarto de baño y los retretes iban a causarme nuevos problemas. El

dueño del Kairakuen se negó a utilizar el alicatado para las bañeras y los desagües e hizo construir los cuartos de baño de los clientes totalmente de madera, pero ni que decir tiene que las baldosas son mil veces más económicas y más prácticas. Se podría utilizar una hermosa madera japonesa para el techo, los pilares y los tabiques y para lo demás conformarse con uno de esos chillones enlosados, pero entonces el contraste llamaría mucho la atención. Esto puede servir cuando todo está nuevo, pero conforme van pasando los años, el granulado de la madera de las planchas y de los pilares adquirirá cierta pátina mientras que las baldosas seguirán conservando su brillante y lisa superficie blanca, se habrá entonces conseguido literalmente «casar la madera con el bambú». En el cuarto de baño las cosas podrían arreglarse, en último extremo, sacrificando un poco el lado práctico en aras del buen gusto. Pero cuando llegué a los retretes, los apuros fueron mayores.

Siempre que en algún monasterio de Kioto o de Nara me indican el camino de los retretes, contruidos a la manera de antaño, semioscuros y sin embargo de una limpieza meticulosa, experimen-

to intensamente la extraordinaria calidad de la arquitectura japonesa. Un pabellón de té es un lugar encantador, lo admito, pero lo que sí está verdaderamente concebido para la paz del espíritu son los retretes de estilo japonés. Siempre apartados del edificio principal, están emplazados al abrigo de un bosquecillo de donde nos llega un olor a verdor y a musgo; después de haber atravesado para llegar una galería cubierta, agachado en la penumbra, bañado por la suave luz de los *shōji* y absorto en tus ensoñaciones, al contemplar el espectáculo del jardín que se despliega desde la ventana, experimentas una emoción imposible de describir. El maestro Sōseki<sup>2</sup>, al parecer, contaba entre los grandes placeres de la existencia el hecho de ir a obrar cada mañana, precisando que era una satisfacción de tipo esencialmente fisiológico; pues bien, para apreciar de pleno este placer, no hay lugar más adecuado que esos retretes de estilo japonés desde donde, al amparo de las sencillas paredes de superficies lisas, puedes contemplar el azul del cielo y el verdor del follaje. Aun a riesgo de repetirme, añadiré que cierto matiz

<sup>2</sup> Natsume Sōseki (1867-1916), uno de los novelistas más importantes de principios del siglo XX.